Semana Santa en tiempos de Pandemia

Reflexiones desde los Evangelios para vivir la Semana Santa en casa

Conferencia Episcopal Venezolana

Animación Bíblica de la Pastoral Venezuela

Abril 2020

PRESENTACIÓN

La celebración de la Semana Mayor nos ofrece siempre una oportunidad propicia para acercarnos a los relatos de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús contenidos en los Evangelios. Esta Semana Santa en tiempos de Covid-19 no es la excepción, por el contrario, el confinamiento en casa nos da la posibilidad de detenernos en la reflexión sosegada de los textos evangélicos propios de estos días. No olvidemos que el Concilio Vaticano II nos enseña que el Señor: "está presente en la Palabra, pues es Él mismo quien habla mientras se leen en la Iglesia las Escrituras Sagradas". (SC 7). Y aunque no podamos estar reunidos como asamblea litúrgica, si podemos reunirnos en la Iglesia doméstica que es cada familia. Y en la intimidad del hogar la Palabra de Dios resonará y consolará nuestros corazones.

Es verdad que muchos sentimos tristeza al no poder participar de la comunión eucarística pero no es menos cierto que también entramos en comunión con Cristo Palabra, pues es el mismo Cristo que se nos ofrece en alimento tanto en su cuerpo eucarístico como en su Palabra. Tal vez esta experiencia de "ayuno eucarístico nos sirva para valorar aún mas la Sagrada Escritura y ponerla realmente al centro de la vida y misión de cada familia y de toda la Iglesia para que "ejerza su eficacia en los creyentes" (Tim 2, 13). De la familiaridad con la Palabra de Dios los cristianos vamos formando en nosotros verdaderos discípulos de Jesús, capaces de discernir el paso de Dios en todas las horas de la vida.

En esta ocasión inédita que nos lleva a celebrar la Semana Santa en casa, el Departamento de Animación Bíblica de la Pastoral de la CEV, pone en nuestras manos estos breves comentarios de los evangelios para cada día santo, como un intento de leer la vida que acontece desde la Palabra de Dios. Están especialmente dirigidos a las familias, para que cada día de la Semana Santa, a la luz de la Sagrada Escritura, puedan sacar el mayor provecho espiritual de las circunstancias actuales.

Estos comentarios preparados por la Dra. Rebeca Cabrera y el Pbro. Ricardo Guillén, miembros de la Comisión Episcopal de Biblia y Catequesis, quieren ser un complemento a los diversos subsidios pastorales realizados en las iglesias locales de Venezuela. Nuestra especial gratitud a Mons. Mario Moronta, obispo de San Cristóbal, quien gentilmente ha permitido la publicación de su Meditación de las Siete Palabras de Cristo en la Cruz.

El Señor nos conceda llegar a la Pascua con una fe renovada que nos impulse a enfrentar con valentía y confianza en Dios los desafíos que la actual situación nos plantea.

COMISIÓN EPISCOPAL DE BIBLIA Y CATEQUESIS

SECRETARIADO PERMANENTE
DEL EPISCOPADO VENEZOLANO

DOMINGO DE RAMOS
(Mt 21,1-11)

LA ENTRADA TRIUNFAL DE JESÚS A JERUSALÉN

El texto nos muestra un Jesús que entra triunfalmente en Jerusalén, lo que contrasta terriblemente con lo que veremos días después; su Pasión, que lo lleva hasta la Cruz. Pero, en ese momento, mucha gente y hasta sus discípulos pensaban que sería el inicio del reinado de Dios y la liberación del yugo romano. Esto se deduce por la manera como el pueblo le aclama: ***Hijo de David,*** lo que significaba reconocerle el título de Mesías, por la promesa hecha a David (cf.2Sa 7,12-16).

Para Mateo (10,4) la entrada de Jesús en Jerusalén es el cumplimiento de la profecía de Zacarias (9,9): **"Y todo esto fue hecho, para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta"** (v. 4). La comprensión de los hechos en torno a Jesús a la luz de las profecías (1,22; 2,15; 5,17; 8,17; 12,17; 13,35), es para el evangelista Mateo una preocupación constante, dado que escribe su Evangelio para una iglesia conformada en gran parte por judíos cristianos, que van comprendiendo a **Jesús como la plenitud y cumplimiento de la ley y de la profecía** revelados en la Primera Alianza.

Lo recibieron con ***palmas,*** las cuales llegaron a ser símbolo nacional de Israel y significaban victoria,

regeneración, ascensión por lo que prefiguran la resurrección al terminar el drama del Calvario. Y otros, extendieron a su paso sus propios ***mantos,*** que para el pobre muchas veces esa su única prenda. Un elemento interesante el relato es el ***burro,*** animal que para muchos es símbolo de ignorancia, sin embargo, en este texto es sinónimo de humildad, en contraste con el caballo que era pertrecho de guerra y posesión de la élite social. Jesús, montado en un pequeño asno nos está diciendo que es un rey que viene a dar paz. Ya en el libro de Números 22, recordamos a la burra de Baalam, singo de la benevolencia de Dios.

Jesús es aclamado por la multitud con la alabanza **"¡Hosanna al Hijo de David!"** (v.9), usada en las oraciones por el pueblo de Israel. "Hosanna" viene de la palabra hebrea que significa "Sálvanos. Lo saludaban con la alabanza **"¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!"** (v. 9), esta frase viene de Salmo 118,26 – un Salmo de Hallel (canción de alabanza) tradicionalmente cantado durante la Pascua Judía y citado con frecuencia en el Nuevo Testamento.

Continúa el relato diciendo que "Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando": **"¿Quién es este?".** La multitud contestaba: "Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea". Esta es la gran pregunta que Mateo ha respondido desde el primer versículo de este Evangelio, empezando con la genealogía que identificó a "Jesús

el Mesías" como “hijo de David, hijo de Abrahán" (1,1). Él es “Jesús el Mesías" (1,18); el Emmanuel: Dios con nosotros", el “Rey de los Judíos" (2,2) “el Señor" (3,3); el que “bautizará en Espíritu Santo y en fuego" (3,11); “mi Hijo amado" (3,17) y más adelante antes de la Pasión Pedro confesará que Jesús es “el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (16,16).

Al entrar a Jerusalén Jesús bien sabe la suerte que le espera y sin embargo confía en su Padre Dios, no huye ante la adversidad, se muestra como quien es el Rey Servidor de la humanidad, que ha venido a entregar su vida para que todos reciban la vida abundante del Padre Dios. Sin embargo, la confianza en su Padre no le sustrajo de la experiencia del miedo a enfrentar la persecución, a sufrir y a morir. Veremos a Jesús el Jueves Santo llorar viviendo una profunda conmoción interior ante la cercanía de su pasión.

Es bueno revisar en familia, en nuestra iglesia doméstica, **¿cómo estamos afrontando esta Pandemia que pude poner a prueba nuestra confianza en Dios?.** Tenemos miedo al contagio, miedo a que alguien de nuestra familia enferme, miedo a la muerte, miedo a quedarnos sin alimento o sin trabajo con la crisis. Miedo por nuestros niños que están sin escuela. San Ignacio de Loyola decía que **el miedo es: “la bestia más feroz sobre el haz de la tierra".** Se trata de afrontar los miedos, ponerles nombre y comunicarlos en la medida que podamos, para que no nos paralicen y depriman. Pero sobre todo **poner nuestra mirada en Aquel** que “es compasivo y fiel y se puede compadecer de nosotros porque pasó la prueba del dolor como nosotros la pasamos" (Heb 2, 17-18).

Los difíciles momentos que estamos viviendo a nivel familiar, comunitario y mundial no son ajenos a Dios. A Jesús lo mueve el amor por quien sufre; ese mismo amor que mueve a tantas personas en el área de la salud a estar expuestas a un contagio por cuidar al que lo necesita y a quien ofrecer su propio manto. A Jesús lo conocemos por su amor que se hace obras y no son sólo buenas intenciones. Si somos capaces de unir nuestra experiencia de sufrimiento a la pasión de Jesús, tendremos la fuerza interior que nos hará capaces de afrontarla con actitudes

parecidas a las suyas, ofreciendo también lo mejor de nosotros en estos días.

Jesús saldrá de Jerusalén para volver al Padre. La cruz ya no es signo de tortura y muerte, sino de vida. Alabemos al Señor y creamos que esta pandemia será para la gloria de Dios, salgamos fortalecidos en la prueba y vivamos una experiencia de conversión permanente. Sigamos aclamándolo como Hijo de David, elevando nuestras palmas en señal de victoria y asumiendo, como el asno, la humildad de quien se sabe en las manos de Dios. Recordemos que no podemos llegar al domingo de la Pascua sin pasar por el viernes de la pasión.

¿Qué manto estamos ofreciendo al Señor para que entre en nuestro hogar?

LUNES SANTO
(Jn 12,1-11)

COMO EN BETANIA

El episodio de la **"unción en Betania"** se encuentra al final del llamado **"Libro de los Signos"**, como los estudiosos del Evangelio de Juan llaman a los capítulos que van del 2 al 12, donde se presentan siete signos milagrosos que muestras que Jesús es el enviado de Dios, siendo la resurrección de Lázaro (11,1-45) el último y el más importante signo. Este relato que meditamos el **Lunes Santo (Jn 12,1-11)** sirve de transición para entrar al **"Libro de la Gloria"** (capítulos 13-20), así conocido por presentar el sufrimiento, muerte y glorificación (resurrección) de Jesús.

Al final del capítulo 11 Juan deja ver sin maquillajes la **tensión que existe entre Jesús y las autoridades religiosas** que lo adversan abiertamente; en diversas ocasiones intentan matarlo (Jn 10,31;11,8.53;12,10) y lo obligan a esconderse de ellos para no ser aprehendido (Jn 10,40; 11,54). Lo que ha rebasado el vaso ha sido la resurrección de Lázaro porque mucha gente creyó en Jesús (11,45) y las autoridades judías temían que la popularidad de Jesús les trajera conflictos con los romanos (11,48). Caifás justificó la muerte de Jesús diciendo, "Ustedes no saben nada; Ni

piensan que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda" (11, 49-50). El evangelista Juan comenta que Caifás "no dijo esto de sí mismo; sino que, como era el sumo pontífice de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación" (11,51). "Así que, desde aquel día consultaban juntos de matarle" (11,53).

Jesús perseguido por los judíos **va a Betania,** aldea situada a tres kilómetros de Jerusalén, seis días antes de la Pascua. Va a la casa de sus amigos Marta, María y Lázaro, busca refugio, afecto humano y tal vez despedirse de quienes tanto ama. Sus entrañables amigos reciben al Señor aun sabiendo que se exponen al recibir en su casa a quien es considerado un sedicioso y enemigo de la nación. No son los cálculos humanos los que hacen actuar a los tres hermanos sino **el amor compasivo** ante el amigo en dificultades. En la intimidad de su hogar le ofrecen **una cena** a Jesús**.** El evangelista Juan hablará también de cena al referirse a la última comida de Jesús con sus apóstoles (13,120;21,20), casi para denotar que esta cena es una anticipación de aquella cena de despedida que instaurará la presencia permanente de Jesús en la Eucaristía hasta que vuelva de nuevo.

En el calor familiar de aquella cena María unge los pies del amigo Jesús con un perfume costoso, de trescientos denarios, correspondientes a un mes de salario de aquel tiempo. Esta acción levanta la protesta de Judas quien argumenta que con el valor del perfume se habría podido asistir a los pobres. Judas no logra ver más allá de su apego al dinero. De hecho, el evangelista aclara que no le importaban los pobres, sino el dinero, "porque era ladrón" (v.6).

En cambio, para María la abundancia del perfume era un signo de la abundancia del amor que sentía por Jesús expresado en el servicio humilde que ella había asumido, como hacían los siervos cuando llegaban huéspedes a visitar las casas de sus señores. María no habla, o mejor dicho habla con sus gestos de amor. Con el gesto atrevido de secar sus pies con sus cabellos - las tradiciones judías

prohibían a la mujer mostrar su cabeza descubierta ante cualquier hombre que no fuera su marido - María demuestra que ha aprendido del Maestro Jesús, que es necesario ir más allá de los prejuicios culturales y religiosos, cuando se trata de amar y de servir a los semejantes.

Judas por su parte manipula la situación. Hace creer que su interés es el de los pobres. Jesús conoce la intención de su corazón, por eso cuando afirma que a los pobres siempre los tendremos entre nosotros, no es una falta de sensibilidad con los pobres a quien ha declarado bienaventurados, ha sanado y perdonado sus pecados, sino una denuncia a la hipocresía que usa a los pobres para promoverse y enriquecerse. Jesús sabe lo que alberga el alma de Judas y también conoce las intenciones del corazón generoso y servicial de María. Toma partido por ella y como un gesto que anticipa su muerte ordena que guarde el perfume para el día de su sepultura.

En definitiva, Judas pareciera haber puesto a Dios definitivamente fuera de su horizonte. Lo que le importaba era el dinero. No olvidemos que su propuesta a los jefes de los sacerdotes fue: ¿Cuánto están dispuestos a darme, si se lo entrego? Y ellos fijaron treinta siclos de plata (Mt 26, 15). Ya dirá San Pablo que “el apego al dinero es la raíz de todos los males" (1 Tm 6,10). Y Jesús nos recuerda que: “Nadie puede servir a dos amos: no podéis servir a Dios y al Dinero" (Mt 6,24). Judas terminó postrándose al ídolo del Dinero y traicionando al verdadero Dios, revelado en Jesús.

La traición de Judas sigue presente en la historia. Cada vez que el dinero se pone por encima de la dignidad humana, se traiciona al Dios de la vida. La experiencia de la Pandemia que atravesamos nos hace ver la futilidad del dinero. El mercado de bolsa cae estrepitosamente y los grandes colosos del capitalismo tienen pies de barro. Ni con todo el dinero del mundo se compra la salud, solemos decir. Y es una verdad aplastante. El virus cobra víctimas indistintamente entre ricos y pobres, aunque es cierto que mientras más pobre se es más vulnerable.

Quiera Dios que esta situación ayude a repensar como vivimos a nivel global, a nivel personal, familiar y social. Es una gran traición a Dios y a la dignidad humana que la sociedad del espectáculo (actores, modelos, deportistas, youtubers) tenga salarios multimillonarios que no gastarían ni en cien vidas, y tal vez nosotros los aplaudimos y tenemos por ¡héroes!, mientras ochocientos millones de personas en el mundo pasan hambre. Pero es también una traición al amor de Dios por nosotros, que en el hogar todas nuestras preocupaciones estén orientadas a la obtención de recursos, en prejuicio de la convivencia familiar, del tiempo compartido y del cultivo de los valores humanos y espirituales. Todo parece apuntar a que nos preguntemos.

¿En qué posición nos encontramos, en la de mezquindad de Judas o en el servicio generoso de María?

MARTES SANTO
(Jn 13, 21-33. 36-38)

UNO LE TRAICIONARÁ

En este segundo día de la Semana Santa el texto del Evangelio nos presentará los hechos dramáticos de la traición y entrega de Jesús. Ante estos hechos hay **diversas reacciones:** la de Simón Pedro que se debate entre el arrebato entusiasta y el miedo; la de Judas alejado de Jesús a quien decide entregar por insidia de Satanás; finalmente la del discípulo amado que siente la confianza para dialogar con el maestro y poder entender lo que sucede.

La escena está situada después del lavatorio de los pies a sus discípulos. El Señor les ofrece un largo discurso en el que comienza hablando de ***traición***. ¿Qué significa traicionar a Jesús? El inicia señalando a Judas como quien lo traiciona, pero enterados de ello el resto, ¿qué hacen para evitarlo?, ¿cómo entender tanta pasividad de su parte en medio de una escena cargada de dramatismo? La respuesta es simple: el interés del evangelista es profundamente cristológico para demostrar que **Jesús sabía lo que estaba por venir. El ha decido dar su vida, nadie se la arrebata.**

En la vida familiar debemos estar claros que, como cristianos en algunas ocasiones **nos hemos comportado como Judas**, cuando no vivimos el servicio mutuo, cuando traicionamos a la pareja, cuando descuidamos a los hijos, cuando dejamos de ser perseverantes en nuestra fe, cuando por omisión dejamos de hacer un bien, cuando olvidamos que no podemos ser hijos de Dios, si no somos antes hermanos. **Y la primera hermandad comienza en casa;** debemos ser fieles a nosotros mismos, a nuestra familia pero, sobre todo a Dios.

Hoy más que nunca, cuando hemos saciado nuestro apetito debemos pensar en todos aquellos que no pudieron comer hoy porque no pueden trabajar; o porque viven en un pequeño espacio y no tienen cable como nosotros para distraerse en la cuarentena. Sabemos que no debemos salir de casa para evitar la expansión del virus pero tampoco debemos **encerrarnos en la burbuja de la indiferencia** cuando tu vecino necesita de una mano.

En su discurso de despedida Jesús habla de la glorificación del ***Hijo del Hombre***, título que surge 70 veces en los evangelios en boca de Jesús poniendo de relieve dos puntos: **su condición humana y la manifestación en él de la gloria de Dios**, que con el mandamiento del amor constituye la esencia del discipulado. Jesús se presenta en el texto como el único camino para llegar al Padre.

Es como si la historia hubiese esperado este momento de separación entre la luz y las tinieblas. Satanás (el adversario) y las tinieblas entran en Judas cuando decide ejecutar lo que está tramando. "Y entonces, tras el bocado, entró en él Satanás". (Lc 13,27). La acción de Judas que divide, destruye y lleva a la muerte, es en realidad obra de Satanás, el enemigo de Dios a quien Judas en su libertad ha dado lugar. Toda obra de muerte trae consigo la insidia del maligno. ¿Debemos entender entonces la traición de Judas solamente como fragilidad humana? Pareciera que no, detrás estaba Satanás, dice el texto del evangelio.

La inclinación de los seres humanos a querer ser como Dios es recurrente desde la caída del paraíso. Hoy

seguimos igual; ya el evangelista constata que Judas salió de ***noche*** del cenáculo. Es un dato cronológico pero con dimensión simbólica: siempre que es de noche, falta la luz. Al alejarse Judas de la Luz que es Cristo, se suma a quienes detentan el poder de las tinieblas que apagaran la luz. Con él, se inicia la lucha a muerte entre las tinieblas y la luz.

Es esa también nuestra lucha hoy, en la familia y en la sociedad. Debemos preguntarnos ¿somos seres de luz o de oscuridad?, ¿hemos sido idólatras y traicionado a Jesús buscando las coronas de este mundo?

Pero las cosas no terminan ahí, también el texto acota que Pedro el primero entre los Doce, lo traicionará y nada menos que negándolo tres veces. Un buen seguidor de Jesús, que quiere seguirle pero no puede, porque tiene miedo… También nos portamos como Pedro y negamos continuamente con nuestro proceder a Jesús; quizá debemos dejar el miedo de lado y, como dijo su Santidad Papa Francisco, debemos estar seguros de que Jesús está siempre en nuestra barca.

En familia, reflexionemos:

¿Me comporto como Judas, como Pedro, como Juan o como Jesús?

MIÉRCOLES SANTO
(Mt 26, 14-25)

SE CONSUMA LA TRAICIÓN

Continuamos este día con el tema de la traición, esta vez, en la versión de san Mateo, en la que crece la tensión del relato; mientras Jesús envía a varios de sus discípulos a preparar la cena de pascua como marco histórico de su pasión, muerte y resurrección; uno de ellos se prepara para traicionarlo, convirtiéndose en modelo de quienes le dan la espalda a Jesús. Era uno de los suyos y se confabula con las autoridades para prenderlo. En este caso se revela el tema de la ***entrega***, develando el prototipo de todo aquel que rompe su vinculación con su maestro.

¿No está haciendo lo mismo hoy, quien obtiene ganancias desproporcionadas con esta pandemia, bien sea en la venta de alimentos, de insumos hospitalarios o, en el acaparamiento excesivo de bienes con miras a la reserva, en tanto que otros carecen de lo elemental, entregándolo a la miseria y a una posible muerte? Hemos visto con indiferencia que el hambre mata más seres diariamente en el mundo que el Covid-19.

Judas vende por treinta monedas. Ya Jesús en el Evangelio alertaba sobre el peligro de las riquezas (cf. Mt 6,19-21). ¿Qué representan nuestras treinta monedas hoy?

Sin embargo, la entrega que Judas hace de Jesús devela que es el propio Jesús quien se entrega voluntariamente, en el contexto de la pascua judía, dejándoles la Eucaristía como memorial de una nueva Pascua inaugurada con su entrega.

Hay algo importante a señalar durante la cena y es que todos, menos Judas se dirigen a él, llamándole Señor y reconociendo su autoridad al hacerle cada uno la pregunta: ***¿acaso soy yo***? Judas, sin embargo, llamándole Maestro (rabbi) -de la misma forma que le llamaban sus adversarios- le hace la misma pregunta: ¿soy yo acaso? Jesús contesta: “Tu lo has dicho"; lo hace de la misma forma ante el Sanedrín cuando el sumo sacerdote le conjura a responder: “¿Eres tu el Mesías, el Hijo de Dios?". Y Jesús le dice: “tu lo has dicho".(cf. Mt 26,63-64).

Es necesario que nos detengamos en el “Yo soy", la gran fórmula de auto revelación con la que se da a conocer el propio Dios ante Moisés (cf. Ex 3,14); y con la misma se identifica a Jesús como revelación del Padre.

Por ello en familia, tenemos una invitación a tratar de responder a la pregunta: ¿yo soy, Señor?, ¿quién soy? El que te sigue por su propio camino dando lo mejor de sí, el que en casa sabe conjugar autoridad con amor y severidad con entrega? . O, ¿soy quién te entrega por codicia, por lujuria, por desamor, por indiferencia, por no ofrecer espacios de calidad a los hijos y esposo/a?

Y hoy Jesús te pregunta a ti:
¿quién dices tú que soy yo?

JUEVES SANTO
(Jn 13,1-15)

USTEDES DEBEN HACER LO MISMO

En el Evangelio de Juan la escena del lavatorio de los pies que meditamos el Jueves Santo sirve de **antesala a la historia de la Pasión de Jesús** Como ya sabemos el relato de la Unción de María a Jesús en Betania se encuentra al final del "Libro de los Signos" primera parte del Evangelio. Y con el episodio del lavatorio de los pies (Jn 13,1-5) comienza su segunda parte, a la que han dado el nombre de "Libro de la Gloria". Es necesario hacer notar que para el evangelista San Juan, **Jesucristo es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo** (Jn 1,29), por eso la muerte de Jesús está asociada al momento de los sacrificios pascuales en el templo que eran realizados antes de la Pascua judía (Jn 19,31). Esto explica porque la cena está ubicada "antes de la fiesta de la pascua" (v.1). Jesús ha comprendido que ha llegado "su hora". Con esta expresión se entiende que la Pasión de Jesús será un "pasar de este mundo al Padre", después de haber vivido con un amor "hasta el extremo" o "hasta la consumación" (v.1). Acto seguido aparece en escena **Judas Iscariote como el instrumento del diablo** para llevar adelante la entrega de Jesús a sus enemigos (v.2), pero enseguida se entiende

que nada de lo que sucede está fuera del conocimiento de Jesús. Él sabe que **el Padre ha puesto todo en sus manos** (v.3), confía que el camino de la Cruz será también el camino de su glorificación y manifestación definitiva porque El venía de Dios y a Dios regresaría.

Es en este contexto que sucede lo inesperado, en medio de la cena **Jesús comienza a lavar los pies a sus discípulos** (v.5) asumiendo el lugar de los criados quienes al inicio de una comida o a la llegada de un huésped, se arrodillaban a sus pies a lavárselos, como signo de acogida. Este gesto de Jesús desde los inicios los cristianos lo hemos asociado al contexto de la Cena del Señor, de la Eucaristía. Jesús dejará por sentado que la comunión con Él se expresa en el servicio de los unos a los otros. Ustedes me llaman el “Maestro" y el “Señor"; y dicen bien, porque lo soy. Si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, sepan que también ustedes deben lavarse los pies unos a otros" (v.13).

Sin embargo, para Pedro no es tan fácil asimilar lo que ha hecho Jesús (vs.6-10). En su mentalidad judía **las jerarquías cuentan**. Para Pedro la acción de Jesús subvierte el orden de valores admitidos. Es inadmisible, entre Jesús y él hay diferencias. Cada uno debe ocupar su lugar. **Pero para Jesús, no es así**. El sabe que para su Padre **todos sus hijos son amados por igual** y quien quiere ser el más importante tiene que hacerse siervo de todos (Mt 20,26). Jesús invita a Pedro y a sus discípulos a superar **la voluntad de dominio** presente en ellos, presente en nosotros, y dejar crecer **la voluntad de servicio**, que reconoce en cada hombre y mujer un hermano a quien acudir, curar las heridas y levantar del camino (Lc 10,29-37).

En este sentido, para el Evangelista Juan el gesto Jesús desvela **nuevos trazos del ser de Dios.** No estamos delante de un Dios soberano y omnipotente, sino frente a un **Padre amoroso que se desvive por sus hijos e hijas**, baja hasta ellos para ayudarles a entender que el único camino de la exaltación es el de la humildad (Lc 14,11), que en palabra de Santa Teresa, exige caminar en la propia verdad. La

verdad de los seres humanos, **creaturas dependientes de Dios,** que **sólo en** Él tienen consistencia y encuentran sentido a su paso por esta vida. **Si Dios es todopoderoso, lo es en el amor y en su servicio salvífico a la humanidad.**

Esta nueva concepción de Dios manifestada por Jesús exigirá que todos acepten, también Pedro (vs.10-11), que en la medida en la cual las relaciones son equitativas y justas entre los hombres y mujeres se hace la voluntad del Padre Dios, Padre de todos. Esa imagen de Dios sacude los cimientos de la **sociedad racista, clasista y prejuiciosa** en la que vivía Jesús y en la que vivimos también nosotros. Tendríamos que preguntarnos los cristianos si ¿hemos asumido el modelo de Jesús, siervo de la humanidad o por el contrario en nuestras comunidades cristianas y en nuestras familias aun persiste el dominio de unos sobre otros?

La aparición del Covid-19 se ha encargado de ayudarnos a entender que nuestro poder humano es insignificante ante la fuerza de la naturaleza. Que al final de cuentas **nuestra voluntad de dominio tiene límites** y se ve sojuzgada por un enemigo invisible que se es incapaz de vencer de buenas a primeras. Días atrás la hija del presidente del Banco Santander de Portugal daba una gran lección a todos al escribir en su cuenta de twitter: ***"Somos una familia millonaria, pero mi papá murió solo y sofocado, el dinero se quedó en casa".*** Sin duda que al conocer los estragos del virus nos corresponde a todos, más allá de nuestras diferencias de cualquier índole, poner los pies sobre la tierra, **asumir la tarea de solidarizarnos** y lograr que la inmensa mayoría de las diferencias que nos distancian desaparezcan.

La cuarentena nos da la oportunidad de que empecemos ya, y por casa. Son días que pueden convertirse en tiempo propicio para revisar cómo nos sentimos en familia. Tiempo oportuno para decirnos lo que callamos por la prisa del día a día, tiempo para perdonarnos y conocernos más.

Aprovechemos este alto en el camino de la familia para revisar juntos como son las dinámicas que se dan en nuestras relaciones familiares. Muchas veces en nuestras familias tristemente vivimos relaciones que no son suficientemente respetuosas de la peculiaridad de cada uno, fomentando conductas de irrespeto, dominación y sumisión. Si los miembros de una familia pierden su capacidad de compartir responsabilidades, de opinar, de juntos tomar decisiones en vista del bien común, sintiéndose señalados por ser ellos mismos, se hace necesario corregir el rumbo.

Pidámosle al Señor que en la familia sigamos el ejemplo y mandato de Jesús de servirnos con amor y entrega los unos a los otros.

Reflexionemos en familia, entre nosotros:

¿Hay dominadores y dominados en nuestro hogar? ¿Nos imponemos sin importarnos las necesidades y expectativas de los otros? ¿En que debemos mejorar nuestro servicio cristiano en el hogar?

VIERNES SANTO
(Jn 18, 1-19, 42)

LA PASIÓN PASO A PASO: DEL HUERTO A LA SEPULTURA.

Mirar a Jesús después de la cena y su captura en el huerto es penetrar en el profundo simbolismo con que **el evangelista describe la pasión y muerte de Jesús**. El relato es compacto y podemos dividirlo por escenas: a) En el jardín, b)en el palacio de Anás (juicio judío), c) en el pretorio (proceso romano), d) en el Calvario y, e) en la sepultura.

La escena del arresto en el jardín (Jn18,1-11) pone de manifiesto el absoluto control de los acontecimientos por parte de Jesús al responder a sus adversarios: **"Yo soy";** en Juan no aparece la escena de la oración angustiada de Getsemaní, que encontramos en los evangelios sinópticos (Mc,Mt,Lc).

La segunda escena se da en casa de Anás (Jn 18,12-27) combina a su vez otras dos escenas: el interrogatorio de Jesús y las negaciones de Pedro, en las que tendremos que destacar que mientras Jesús con toda su majestad decía de sí mismo "***Yo soy***", en ese mismo momento Pedro, decía "***Yo no soy***", y lo afirmó tres veces, después de lo

cual cantó el gallo. De allí que nos hagamos la misma pregunta: **¿somos o no somos verdaderos seguidores de Jesús?**

La tercera escena es el juicio romano (Jn 18,28-19,16ª) es el corazón de la pasión distribuida en siete cuadros en los que Pilato se encontrará sucesivamente con los judíos, con Jesús, y nuevamente con los judíos, para dar luego paso a una escena de Jesús con los soldados, y tres escenas de Jesús con Pilatos y judíos. Pilatos es un personaje que contiene en sí mismo una enseñanza teológica; trata de ser honesto y dispuesto a una postura intermedia, pero **hay ocasiones en que no se puede ser neutral.** Al no aceptar la verdad de Jesús quedó atrapado por el servicio del mundo. De allí la interpelación a padres y madres: ¿sabemos decir sí cuando hay que decir sí, y decir no cuando hay que decir no? El ser padres no es fácil, pero el no tener una postura definida al momento de educar a los hijos hace de la crianza una cuesta arriba.

Finalmente Jesús es condenado a muerte y sube al calvario (Jn 19,16b-37) donde es crucificado. Posteriormente se habla de su sepultura en un huerto (Jn 19,38-42).

Vamos a detenernos a objeto de la reflexión en familia en estos versículos: **Jn 19,16b-18.25-30.** Con ellos **vamos a recorrer el camino de la cruz hasta el Gólgota,** en el que Jesús carga su propia cruz, la cual no es un patíbulo, sino un trono donde Jesús ejerce su fuerza salvadora sobre la humanidad. El texto agrega además que lo ajustician con dos hombres más. Uno de ellos consciente de sus culpas le **pide a Jesús su perdón y le roba el cielo** en el último instante de su vida. El otro, cerrado sobre sí mismo **se condena al rechazar el amor de Dios.** Esta es la paradoja de la vida, ante una misma situación, vemos en nuestras familias como unos se llenan de fuerza y empuje y otros se derriban en la depresión y el abandono.

En estos días con tantos enfermos, las noticias oficiales nos llenan de tristeza y a veces, de desesperación, tememos por nuestros seres queridos que se encuentran

en el exterior, en países donde la Pandemía se manifiesta de modo agresivo. **La pasión de Jesús continua** en la agonía y la pasión de los enfermos en los hospitales, a quienes corresponde morir no sólo sin poder respirar, sino también lejos del cariño de su familia a quien no pueden abrazar; es la misma agonía de quienes enfermos no saben si les van a retirar los respiradores porque tienen más de 65 años; es el dolor de Job en todos aquellos a quienes entregan unas cenizas con el resto de sus seres amados. Es la tragedia del mundo que no sabe cuándo va a parar esto.

Hoy también Cristo crucificado nos recuerda que **Dios sufre con nosotros esta situación**. A Dos le duele lo que nos está pasando. **No sabemos explicarnos la raíz última de tanto mal.** De donde nos viene este virus que en poco tiempo se ha hecho presente por todas partes. Y,aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. **Sólo sabemos que Dios sufre con nosotros y esa convicción nos da una mirada diferente.** No estamos solos. Como familias cristianas estamos llamados a ver en esta cuarentena obligada, que coincide con la cuaresma, un camino de conversión que lleve a santificar nuestras familias. Como nunca necesitamos familias santas.

La segunda parte del texto (Jn 19, 25-30) ubica al discípulo amado y a un grupo de mujeres, encabezadas **por María, la madre del Señor al pie de la cruz**. Con su último suspiro Jesús entrega su madre a la comunidad representada por el discípulo y en la que Jesús revive el Salmo 22,16 para luego de probar el vinagre, entregar el Espíritu, haciendo de la escena un verdadero Pentecostés. Acá destacaremos **la presencia viva de las discípulas de Jesús,** quienes a diferencia de los discípulos varones no huyeron al momento de la pasión, siendo ejemplo vivo del papel de la mujer en nuestras comunidades parroquiales.

En nuestras iglesias domésticas es también fundamental el papel de las mujeres, son el farol que ilumina la familia y la vivifica; de allí la importancia de hogares santos que valoren el amor mutuo entre los esposos y reivindiquen valores morales y religiosos que les conduzcan a ser felices en medio de las dificultades.

La felicidad es como una cuenta de banco, tú retiras lo que has depositado; una familia feliz libera sus corazones de todo rencor, vive sencillamente, ofrece más y espera menos. Pongámonos entonces en los brazos del Señor y comprendamos que nuestro futuro está en sus manos.

Reflexionemos en familia:

¿Qué significado tiene para nosotros la muerte de Jesús?

MEDITACIÓN SOBRE LAS SIETE PALABRAS DE CRISTO EN LA CRUZ

MONS. MARIO MORONTA R.

OBISPO DE SAN CRISTÓBAL.

La meditación a partir de las siete palabras de Cristo en la Cruz nos ayuda a introducirnos en la intencionalidad del Redentor. Su objetivo con el sacrificio de la Cruz es cumplir la voluntad de Dios Padre: que todos los hombres se salven. En la Cruz, Jesús muestra que ha salido del Padre para encontrarse con la humanidad: allí llega al colmo de su misión. La encarnación es anuncio de ese cumplimiento. La vida pública es anticipo y la Pascua la realización de la Promesa.

La meditación nos va a permitir recordar cómo la Iglesia debe hacerse eco de la misión del Señor. Máxime en este tiempo de cuarentena social. Lo que Jesús dice en la Cruz nos llega al corazón para motivarnos a un compromiso concreto en la realidad que vivimos. No podemos quedarnos escondidos ni asustarnos como le sucedió a los discípulos ante el aparente fracaso de su Maestro. Hoy, al experimentar la angustia y los temores ante la pandemia del Covid-19, estas palabras y la acción redentora del Señor nos permiten ir y ver hacia adelante.

Les invitamos a escuchar con atención lo que el Señor nos enseña desde su Cruz. Les convocamos a poner en práctica esas enseñanzas con los medios de los que disponemos para demostrar que somos una Iglesia en salida que no se encierra ni siente miedo ante la tempestad. Sabemos que Jesús está en medio de nosotros. No duerme. Hoy lo contemplamos aferrado –crucificado, en el mástil de esa nave en medio de la tormenta ¡Y qué tormenta! ¡La de su Pasión! ¡Qué mástil, el de la Cruz!

PRIMERA PALABRA

“PADRE, PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN” (Lc 23,34)

Dios nunca ha dejado de lado al ser humano aunque el pecado del mundo se sigue abriendo camino en la historia desde la desobediencia de los primeros padres. Ya desde la creación, Él había diseñado un plan de salvación. En el fondo, la salvación era adquirir la plenitud de la experiencia del paraíso terrenal. La serenidad e intimidad de la comunión entre Dios y su imagen y semejanza, el hombre y la mujer, se rompió por las insidias del maligno. Así comenzó la tragedia del pecado, con todas sus consecuencias.

Los profetas y los otros escritores sagrados del Antiguo Testamento fueron anunciando que habría una luz: la del Mesías salvador. Dios se fue manifestando en la historia de la humanidad con la intención de hacer ver que de verdad quería la plenitud de salvación para todos. Un ejemplo importante de ello fue el éxodo, con la fuerza de su pascua liberadora. Pero el mejor de todos los ejemplos, insólito ciertamente, fue el de la encarnación de su Hijo. Dios se hizo hombre con un objetivo concreto: cumplir la voluntad de Dios, que no es otra sino la salvación del mundo.

Jesús a lo largo de su ministerio público fue anunciando que había llegado para comenzar a cambiar la situación creada por el pecado del hombre. Llegó y cambió la historia: ahora se comenzaba a definir como la plenitud de los tiempos. Anunciaba un nuevo reino, de justicia, paz y amor. Abría las puertas para hacer sentir la fuerza del amor misericordioso del Padre. Para ello no sólo predicó el perdón, sino que lo puso en práctica. Ese perdón era garantía de que sí se podía hacer la transformación interna. Para ello, Jesús hacía una invitación concreta: **CONVIERTANSE Y CREAN EN EL EVANGELIO… YA QUE EL REINO DE DIOS ESTÁ PRESENTE.**

En la Cruz, casi al final de lo que muchos consideraban su "carrera" frustrada de Maestro y guía religioso, Jesús retoma con la decisión del Buen Pastor, lo que había anunciado. Entonces, de manera también insólita, ante sus torturadores y acusadores no pide clemencia, sino que aboga por ellos. **PADRE, PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN**. Mientras hubiera podido reaccionar como cualquier otro humano, renegando, maldiciendo, insultando… sus palabras hablan de perdón; en el fondo de misericordia. Para eso había venido precisamente: para hacer realidad el perdón; para quitar el pecado del mundo.

Si no lo hubiera hecho, quizás no hubiera pasado nada. En su intención estaba el perdonar salvando a la humanidad. Pero, fue fiel en todo momento a su compromiso como Hijo del Padre. Unas horas antes había sentido la angustia en Getsemaní. Ahora, al beber el cáliz que le ofrecía el Padre, lo hacía en sintonía con su contenido: **PADRE PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.**

SEGUNDA PALABRA

“SEÑOR ACUÉRDATE DE MÍ CUANDO ESTÉS EN TU REINO” (Lc 23,42)

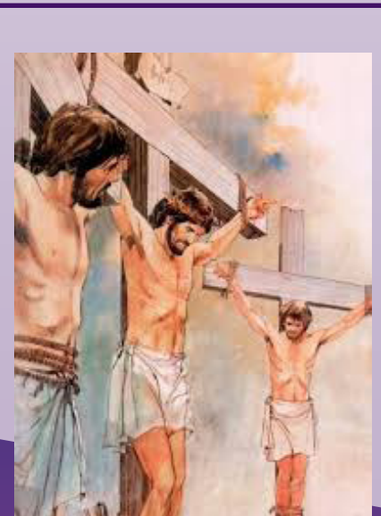
Es probable que muchos no encontraran significado a esas palabras en aquel momento. Pero sí hubo, al menos uno: el ladrón que estaba crucificado a su derecha. Pareciera que en aquellos últimos momentos hubiera entendido la invitación de Jesús a convertirse y se atreve a dar el paso. **SEÑOR ACUÉRDATE DE MI CUANDO ESTÉS EN TU REINO**. La respuesta no podía ser otra: **HOY ESTARÁS COMIGO EN EL PARAÍSO**. Para eso había venido al mundo. Entonces Jesús demuestra que lo del perdón es en serio. No elimina las responsabilidades con las que hay que cambiar, pero sí hace presente la fuerza del perdón y del cambio que se deduce de él. **HOY**, no mañana. Jesús lo asocia a su entrega en pasión. Ya no hay ayer ni mañana: es el **HOY** de Dios, de su entrega y de la apertura del Paraíso.

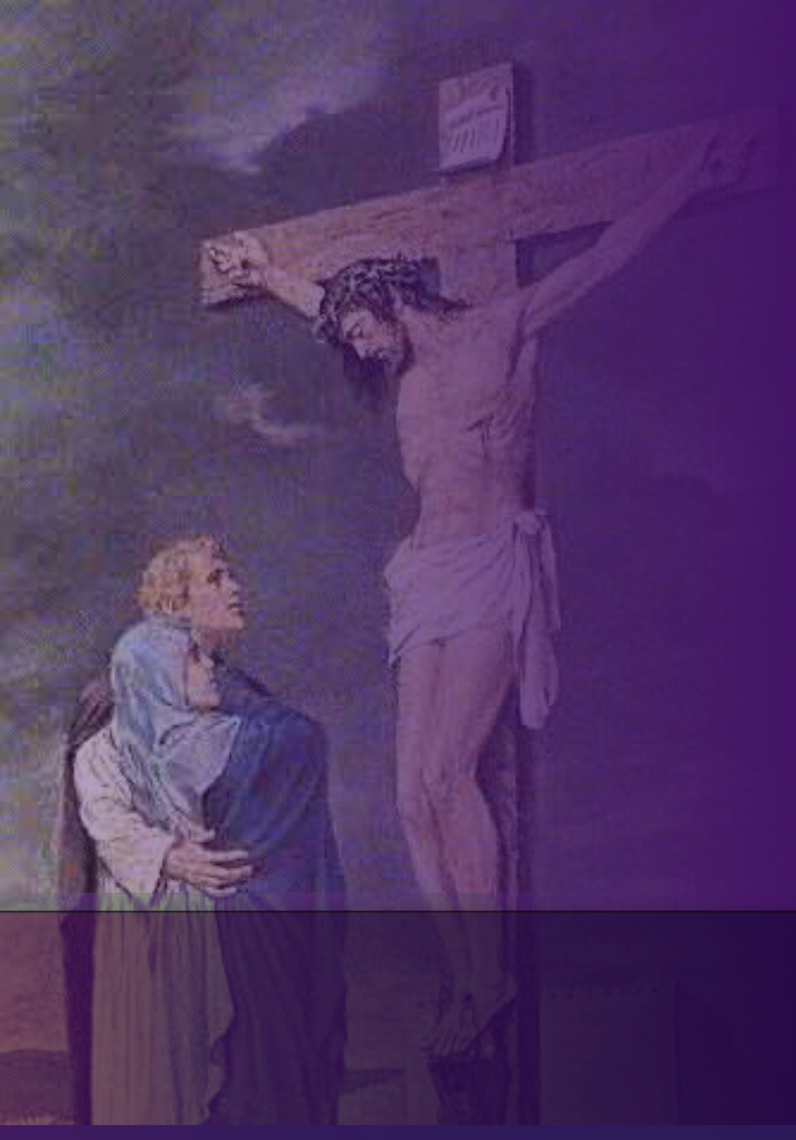
No se trata de un mero consuelo. El buen ladrón no entrará solo, sino de las manos de Jesús. **CONMIGO**, le asegura el Crucificado. Termina así revelándose como el Dios de la vida que vino a buscar a todos para llevarlos al redil de la plenitud del encuentro con el Padre. Este redil tiene un nombre, el mismo del que fueron despedidos Adán y Eva: **EL PARAÍSO.**

Hoy el mundo está lleno de oscuridades, porque se ha olvidado del perdón y porque ha creado falsos paraísos. Hoy no faltan quienes se acercan a Jesús como aquel buen ladrón: sin temor, ni curiosidad, sino más bien con la actitud sencilla y abierta de quien se convierte. Y le vuelven a decir: **ACUÉRDATE**. La gente de buena voluntad y los miembros de la Iglesia deben hacer eco de esas palabras y, entonces, dar acogida para decir en nombre de Jesús. **HOY ESTARÁS COMIGO EN EL PARAÍSO.**

Con su evangelización y con el testimonio de los creyentes y discípulos de Jesús, la Iglesia se debe acercar a todos sin excepción: a quienes están cerca sin haber dejado al Señor; a quienes se han ido, como el hijo de la parábola del hijo pródigo; a quienes han renunciado o han traicionado al señor; a quienes no le conocen... y a todos ellos, debe abrirles las puertas de su corazón, para que sientan la fuerza del perdón que transforma y purifica, como lo hizo el Padre con su hijo que había retornado a la casa. Además para que experimenten que no hay trabas ni muros de separación, sino el mensaje claro de Jesús. **HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO.**

Francisco, desde la oración sentida en la plaza de San Pedro el pasado 27 de marzo, parece dibujarnos, desde la figura de la tempestad calmada, lo que cada uno de nosotros debe tener en mente para alcanzar el perdón y el paraíso: ***Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.***





TERCERA PALABRA

“MUJER, HE AHÍ A TU HIJO, HIJO, HE AHÍ A TU MADRE”

(Jn 19,26)

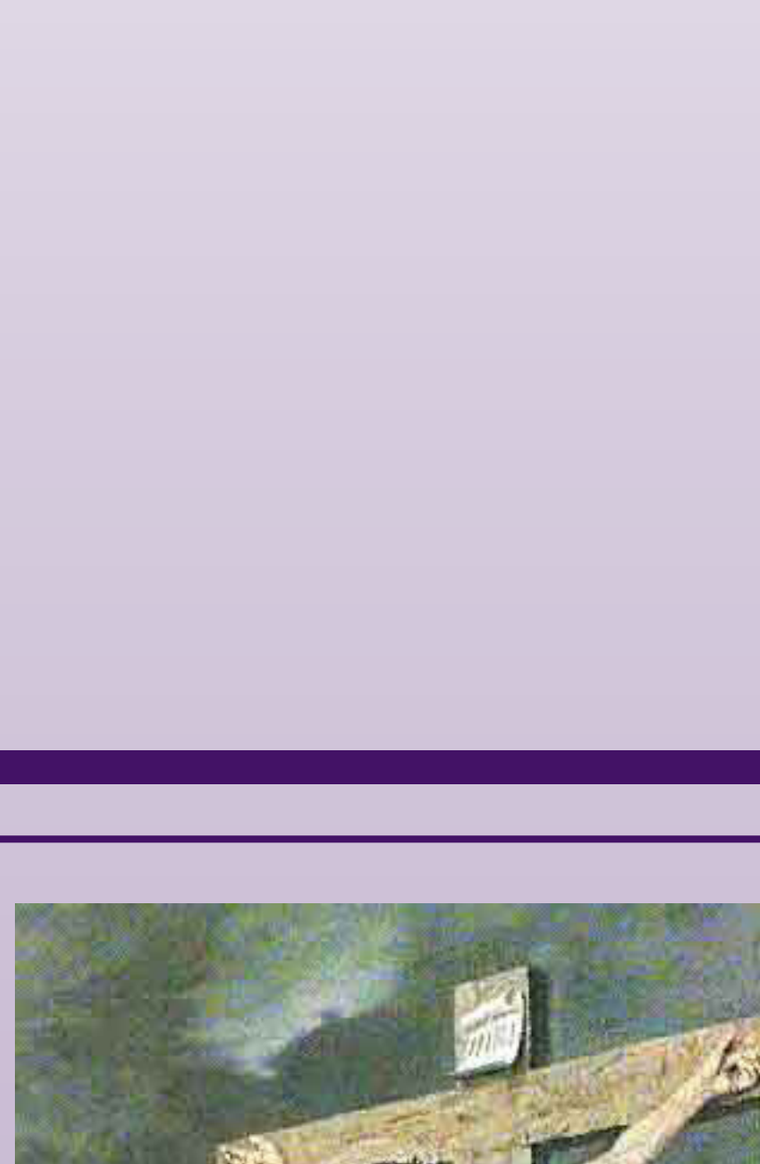
Jesús no está del todo aislado y en soledad: A los pies de la Cruz, con el corazón traspasado por la espada del dolor, se encuentra María. La acompaña Juan, el discípulo amado. Más bien, entonces se preocupa por ella y le dice: **MUJER, HE AHÍ A TU HIJO.** Jesús la recomienda al nuevo hijo, quien representa a la humanidad. Éste la recibió desde entonces. Lo mismo ha hecho a lo largo de los siglos toda la humanidad, la Iglesia entera. Jesús no quiere que ella sienta la soledad que Él vive... por eso, le da el apoyo y el sostén de Juan.

A la vez, Juan, quien representa a la humanidad y a la Iglesia, tampoco se queda solo y abandonado. Jesús sabe muy bien que María le cuidará a él, a la humanidad y a la Iglesia. Y, nos da el regalo de su maternidad: **HIJO, HE AHÍ A TU MADRE**. María se convierte en madre para todos. No con las características de la maternidad biológica. Su maternidad es espiritual y va mucho más allá de lo que podemos imaginarnos. Ella se convierte también en imagen de la Iglesia madre que engendrará los hijos de la vida nueva. Regalo inmenso y sorprendente.

La soledad de este momento debe ser vista con los ojos de la fe. Jesús es despreciado por los prepotentes y, aunque siente el abandono del Padre, no lo está. Es el

mismo Padre quien le saciará su sed de amor al recibir su entrega. Y la soledad compartida con su madre y el discípulo amado hablan, desde la respuesta del Crucificado, del acompañamiento en caridad y en comunión.

La Iglesia no se encuentra tampoco sumida en soledad: está apoyándose en el consuelo de la Madre, como hija: entonces, deberá hacer sentir la intercesión de María y hacerse eco de aquellas hermosas y esperanzadoras palabras del mártir del Gólgota: **MUJER HE AHÍ A TU HIJO; HIJO HE AHÍ A TU MADRE**.



CUARTA PALABRA

"DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO" (Mt 27,46)

El clamor del Crucificado, vivido hoy en no pocas situaciones contra los seres humanos, hace experimentar lo mismo que sintió Jesús en su Cruz: **DIOS MÍO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?** Mucha gente pareciera sentir ante los embates de quienes se creen dueños de la vida y de la sociedad que han sido dejados a un lado por Dios. Hasta parecieran tener razón. Sin embargo, la soledad que experimentan se debe al cerco y al barranco que le colocan quienes con su mediocridad y corrupción quieren prescindir de Dios o buscan manipularlo para sentirse hasta dominadores del Creador.

DIOSMÍODIOSMÍO¿PORQUÉMEHASABANDONADO? Exclaman tantos jóvenes sin porvenir debido a la destrucción sistemática de una nación; tantas familias al ver cómo sus hijos les son arrebatados por la droga, por la prostitución, por la delincuencia; tantos hermanos que, dejando su tierra, van a lugares desconocidos a ver si consiguen un mejor tenor de vida que no hallan en su propio país. Pero, al igual que el Crucificado, en su soledad, no se dan cuenta de que Dios no los ha abandonado. Es que hay quienes los están aislando del mismo apoyo que el Padre le daba a su Hijo quien en la Cruz hacía entrega de su espíritu en sus manos.

Las palabras del Papa Francisco el pasado 27 de marzo, nos dan una luz para superar esa interrogante que nos golpea a todos. Jesús, lejos de renegar y renunciar a la Cruz terminó abrazándose a ella, porque sabía que allí en la soledad a la que había quedado reducido por culpa de quienes le condenaron y por el pecado del mundo, estaba más que nunca el Padre Dios: lo escuchaba, le recibía su entrega, le sostenía en su entrega. El Papa Francisco nos lo hace sentir de esta manera:

> ***"Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza".***

La Iglesia debe seguir saliendo al encuentro de los que se sienten abandonados en el mundo y la Venezuela de hoy: para darles el consuelo de su cercanía, cargar con ellos sus cruces y abrazar la esperanza que brota de la fe compartida. Así, entonces, podrá dar una respuesta a la interrogante de Cristo repetida por muchos hoy: **DIOS MÍO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?**

QUINTA PALABRA

“TENGO SED” (Jn 19,28)

Atravesamos un momento difícil en la humanidad. Está siendo atacada por el Covid-19: muchos enfermos y muertos han sido causado por esa pandemia. Hay interrogantes y hasta cuestionamientos acerca de la presencia de Dios en la creación. En nuestro país, la crisis sanitaria agudiza la dura realidad que estamos padeciendo todos los habitantes de Venezuela. Una nación con grandes riquezas, pero empobrecida por el afán devorador de quienes se olvidaron del bien común del pueblo. Pareciera que las sombras del pecado del mundo pretenden oscurecer la esperanza y la dignidad de los hombres y mujeres de nuestra nación.

En medio de esta crisis, ahondada por la pandemia, nos encontramos con dos graves pecados que obstaculizan la buena marcha de quienes quieren transitar las sendas de la justicia y la verdad: la corrupción y la mediocridad. Ambos son pecados sociales, sumatorias de tantas faltas de muchos. Ambos, cada uno con sus peculiaridades, son el ámbito del mal y del maligno. Constituyen un freno y una especie de barranco que separa: freno porque aparecen como amenaza para quienes desean vivir en libertad plena; sencillamente porque oprimen a quienes, aún siendo mayoría, son menospreciados por quienes practican estos pecados. Barrancos que buscan atraer y

así seducir a muchos para que caigan en sus hondonadas llenas de miserable perdición.

Nos enseña el Papa Francisco que la corrupción es muy difícil –casi imposible- de subsanar. En el fondo, porque es la opción por el mal de diversas maneras asumido, con la caricatura de que es así como la persona se auto-realiza. Para muchos la auto estima, incluso, pasa por hacer de la corrupción su estilo de vida. Se ha convertido en una anti-cultura atrayente: la excusa es clara, cuando hasta llegan a decir "todo el mundo lo hace, luego yo también". La corrupción tiene diversas expresiones: desde el enriquecimiento ilícito y desaforado hasta el manejo de los bienes públicos o de otros en beneficio sólo particular; desde el narcotráfico hasta el comercio de personas con el aborto, la trata de seres humanos, la esclavitud sexual y pare de contar.

Por otro lado, la mediocridad: es la actitud de quien se acostumbra a vivir en el conformismo, sin reaccionar ante la opresión o ante el menosprecio de la dignidad humana. Es un pecado que también clama al cielo. En él cohabitan los tibios, los indiferentes, los que tienen un falso concepto de esperanza, los que se consideran avispados, los enchufados de cualquier tipo. La mediocridad frena todo desarrollo, toda acción de liberación… y es un barranco lleno de recovecos, cuevas y quebraditas seductoras: allí encuentran refugio quienes se dedican a proponer cambios con un estilo gatopardiano (es decir cambiar externamente para conservar lo que se tiene) o a ver quién hace la tarea para luego disfrutar de los beneficios.

Jesús fue víctima de ambas realidades malévolas. Por la corrupción fue condenado en un juicio amañado. Los intereses de las autoridades judías estaban en peligro; asimismo las del gobernador romano. Los primeros habían sido descubiertos en su maldad por la predicación del Maestro de Galilea; el otro, formaba parte de la opresión en forma de orden establecido y fue colocado contra la pared cuando le dijeron que si no condenaba a Jesús no era amigo del César. Uno de los discípulos de Jesús cayó en la tentación y prefirió el esplendor de 30 monedas de plata antes que la lealtad al amigo.

La mediocridad también golpeó a Jesús: quienes se burlaban de él, lo hacían como echándole en cara que reaccionara: Si ha salvado a otros, que se salve ahora a sí mismo; si es rey, que vengan sus huestes a liberarlo y a hacer lo mismo ante los invasores romanos. Hasta uno de los compañeros de suplicio se atrevió a retarlo exigiéndole que pidiera ayuda a sus ejércitos, si de verdad era rey.

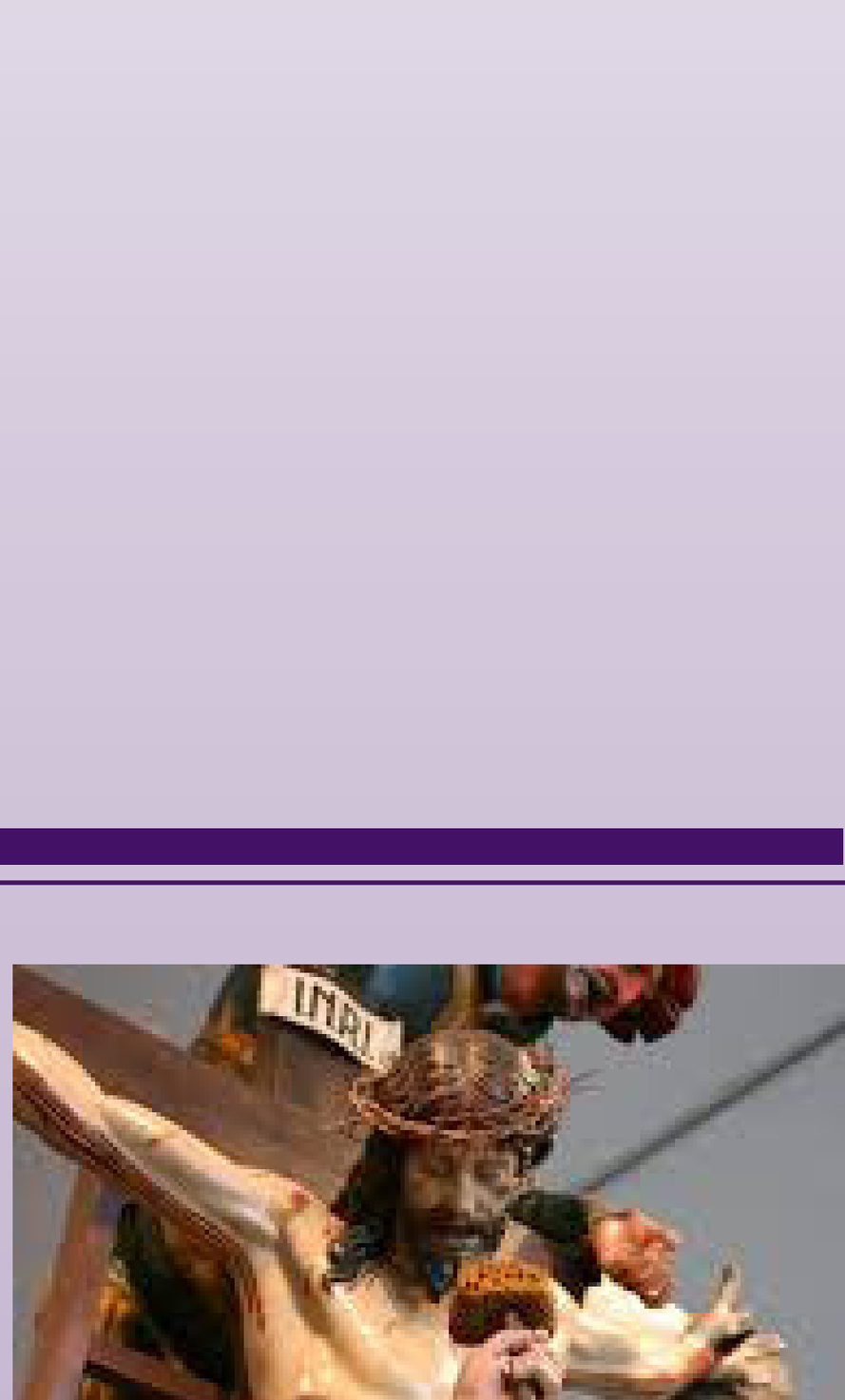
Ante esa situación, Jesús se muestra impotente. Para ello fue crucificado, para demostrar que todo lo que había predicado y realizado no tenía sentido. Los corruptos y los mediocres aparecían como vencedores. Cansado, lleno de dolores y heridas, su sangre y su sudor se mezclaban con el polvo del camino, del cual no había sido limpiado. Se va secando y entonces clama**: TENGO SED**. Era lógico: había perdido fuerza por la angustia, los latigazos, los maltratos, las heridas y las llagas de pies y manos. **TENGO SED**: y parece pedir un sorbo de agua, al menos unas goticas para calmar el ardor de su garganta y, por lo menos sentir algo de alivio.

Pero en la respuesta a ese clamor se unen la corrupción y la mediocridad. Un soldado le da de beber vinagre mezclado con otra pócima amarga. Quien, por su poder, se cree dueño de la vida del crucificado sale a su encuentro para no calmar su sed, sino terminar de secar su garganta. La mediocridad le había llevado a actuar así porque ya debía estar fastidiado por lo que allí estaba sucediendo. ¿Cuándo se acabaría eso?. El soldado actuó como estaba acostumbrado a hacerlo. No iba a cambiar ante el dolor y la agonía de uno que estaba siendo menospreciado.

Lo mismo sucede hoy. Cristo se encuentra presente en el dolor de tanta gente golpeada por la miseria, por la pobreza y por el desprecio de quienes se consideran "grandes". Está presente en tantos migrantes que arrastran en sus pies frustración y desconsuelo; en tantos jóvenes vencidos por la droga y que son fichas de los narcotraficantes; en tantas personas que sufren la trata como si fueron objetos sin valor; en tantos padres de familia que no ven porvenir para sus hijos. De ellos brota la petición del Crucificado. **TENGO SED**. Lo triste es que no reciben el agua que

buscan: les están dando el vinagre del desprecio de los oídos sordos; o el ansia de enriquecimiento de quienes comercian con el ser humano; o la indiferencia de quienes podrían auxiliarlos; o, sencillamente, la indefensión porque no son considerados seres con dignidad.

Es desde esta desafiante realidad que podemos contemplar la misión de una Iglesia en salida. Ella, fiel a su misión de anunciar el Evangelio, está lista para ir al encuentro de tantos que gritan **TENGO SED:** y no para darle un vinagre amargo, sino el agua que salta hasta la vida eterna.



SEXTA PALABRA

“TODO ESTÁ CUMPLIDO” (Jn. 19, 30)

Cuando contemplamos el Crucifijo y vemos a quien está allí clavado podemos sacar una conclusión: en Cristo, la **MISION ESTÁ CUMPLIDA**. Muchas veces nos fijamos en algunos íconos que nos iluminan en este sentido. El rostro del Nazareno de San Pablo, la imagen del Santo Cristo de La Grita, la misma del Crucifijo de la Iglesia de San Marcelo, ante el cual el Papa Francisco oró por la humanidad el pasado 27 de marzo… al admirar su significado, introduciéndonos en el dinamismo que el artista quiso plasmar en su talla, podemos decir que escuchamos su palabra. **TODO ESTÁ CUMPLIDO.**

Sí, **TODO ESTÁ CUMPLIDO**. Ya no hay aliento, ya no hay fuerzas, ya el corazón no palpita. Para colmar la escena, el soldado lo traspasa con la lanza y brota de él un poco de agua y de sangre. **TODO ESTÁ CUMPLIDO**. Ya no hay vuelta atrás. Se hace realidad el **HOY DE DIOS**, que consoló al ben ladrón dándole razón ahora de su esperanza. Y, al contemplar, entonces esta escena a partir de las obras de los artistas, no nos queda sino repetir lo que exclamó el centurión romano. **VERDADERAMENTE ÉSTE ERA EL HIJO DE DIOS**.

TODO ESTÁ CUMPLIDO. Al decirlo se acabó todo y se hizo realidad la ofrenda sacerdotal de la víctima por

excelencia: **EN TUS MANOS, PADRE, ENCOMIENDO MI ESPÍRITU.** El Cordero pascual inmolado para la nueva alianza se pone en las manos del Padre. Y Éste lo recibe como ofrenda para restaurar el paraiso, para dar inicio a un **HOY** eterno que se iluminará días después con la gloria de la resurrección. La misión se cumple cuando se concreta la entrega de la ofrenda. Ya no se necesitan machos cabríos ni corderitos; estamos ante un nuevo cordero, el de Dios, el Dios mismo desde su humanidad... que entrega su cuerpo para la salvación; que derrama su sangre para sellar la nueva alianza.

El **HOY** que Jesús le prometió al buen ladrón se hace realidad, pues **TODO ESTÁ CUMPLIDO**, ya que Jesús ha puesto su espíritu en las manos de Dios Padre. Cada uno, como miembro de la Iglesia, al participar de su misión evangelizadora, al celebrar los misterios de la fe, al poner en práctica la caridad operante siente el imperioso deber de salir al encuentro de los demás. Será la única manera de que los otros puedan conocer y experimentar las consecuencias de esas palabras de entrega y sello de una nueva creación.

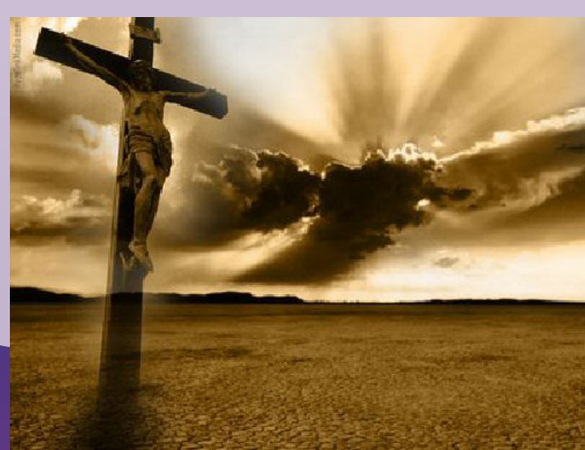
Sin miedo, anunciando a tiempo y a destiempo la verdad que libera, la Iglesia, con cada uno de sus miembros, debe hablarle al corazón a quienes se han "enconchado" en la corrupción y en la mediocridad. También para ellos hay la posibilidad de la conversión y del ser bañados por la misericordia de Dios. Ellos deben recibir la invitación a convertirse para poder llegar a compartir la alegría del perdón y de la salvación. Están llamados a experimentar que lo que les hace hombres nuevos no es el dinero, ni la ideología, ni el poder autoritario y totalitarista, ni el creerse más que los demás... sino la humildad del buen ladrón que se arriesga a pedir un recuerdo para entrar en el reino; o la de María que calma su dolor con el amor del nuevo hijo, representante de la humanidad redimida y de la Iglesia.

La Iglesia debe hacerse eco del **TODO ESTÁ CUMPLIDO** para despertar a los corazones dormidos por la tibieza y la mediocridad. Sólo así, podrán reaccionar como lo hiciera el centurión romano con su profesión de fe en el Hijo de Dios. La Iglesia debe ayudar a entender que no hay soledad, ni

hay silencio ensordecedor como lo pretenden experimentar los mediocres. Francisco pronunció unas hermosas palabras el pasado 27 de marzo. Hacía referencia, como bien lo sabemos, al episodio de la tempestad camada… pero resuenan llenas de esperanza para quienes se han "entrampado" en su mediocridad y prefieren esconder sus cabezas como lo hace el avestruz, en vez de arriesgarse a un camino de conversión: ***El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.***

Porque **TODO ESTÁ CUMPLIDO** y porque el Redentor ha encomendado su espíritu en las manos del Padre, hay razones y motivos suficientes para experimentar también lo que escuchó el buen ladrón. **HOY ESTARÁS COMIGO EN EL PARAÍSO**. Sencillamente, porque también siempre se puede escuchar **PADRE PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN**. Quienes están sumergidos en la mediocridad, grave pecado de nuestro tiempo, han de cambiar y no encerrarse como el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo: hay que vencer la soberbia y la prepotencia para poder experimentar las consecuencias del **TODO ESTÁ CUMPLIDO.**

La historia no se concluye con la bajada o descendimiento de la Cruz. La historia, más bien se abre a un futuro real donde el **HOY DE DIOS** se lanza a la eternidad. Habrá una garantía: ya el sepulcro no tiene la laja que lo cierra; el sepulcro está vacío, porque para terminar de cumplir su misión, Jesús resucita y nos precede a todos en las Galileas de nuestras existencias. Él va siempre adelante, para guiarnos, con la ayuda de la Iglesia, hacia los pastos fértiles de la salvación donde compartiremos el banquete del Reino.



SÉPTIMA PALABRA

“PADRE, EN TUS MANOS PONGO MI ESPÍRITU (Luc. 23,46)

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Palabras ciertas de Francisco (27 de marzo 2020), con las cuales podemos concluir la meditación de las siete palabras del Crucificado.

Hoy no podemos dejarnos vencer por la tempestad. El Señor está en nuestra propia barca y no va a permitir que nos hundamos. O, como le sucedió en otra ocasión a los

discípulos, que, al verlo venir en la oscuridad, sintieron miedo. La respuesta de Jesús fue muy directa: **NO TENGAN MIEDO, SOY YO**. En estos tiempos de la pandemia, de esa crisis que pareciera eliminar lo poco que queda de nuestra nación... la confianza en Jesús es fuerza liberadora. Nos toca a nosotros confiar en Él, como lo hizo Pedro con sus condiscípulos al preguntar: "Señor ¿a quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna.

De la confianza de Jesús en su Padre, aprendió Pedro a confiar y aprendemos también todos los discípulos del Señor. Jesús enfrento las tempestades de su vida en un continuo abandono en las manos amorosas del Padre. Por eso en la hora crucial de su sufrimiento y de su entrega no teme a la muerte porque sabe que le espera el amor infinito de su Padre y lo invoca**: "PADRE, EN TUS MANOS PONGO MI ESPÍRITU (Luc. 23,46)**. Así quiso terminar su vida Jesús pronunciando el nombre de su Padre: "Abbá" como tantas otras veces lo hizo en la oración y cuando les hablaba a sus discípulos. He aquí la gran revelación de Jesús. Dios siempre fue Padre. Pero, desde que Jesús le llamó así, viviendo nuestra vida y muriendo nuestra muerte, lo sabemos mucho mejor. Para eso vino al mundo. Ninguna objeción cabe ya contra la existencia y la bondad de Dios viendo como vive y como muere Jesús. Para eso vino el Hijo de Dios al mundo: para que nadie se sienta fuera de la paternidad de Dios. Nadie, ni en el gozo, ni en el dolor, ni en la vida ni en la muerte.

Estar con Jesús, como hijos del Padre Dios, no significa resignarnos. Conlleva saber que Él está con nosotros; pero, a la vez, poner nuestro granito de arena. Tomar nuestra cruz y seguirlo. Hacer realidad el amor fraterno, lleno de solidaridad, comprensión, paciencia y reconciliación... sólo así nos podrán reconocer como sus discípulos. Para ello contamos con la fuerza del Espíritu Santo.

Al conjugar el esfuerzo con la gracia de Dios, podremos entonces decir **NO SOY YO QUIEN VIVE, SINO QUE ES CRISTO QUIEN VIVE EN MI**...porque **SABEMOS EN QUIEN HEMOS PUESTO NUESTRA CONFIANZA.**

La semana santa no termina con el viernes santo. Llegó a su culmen con la Pascua. Así celebraremos el triunfo del Cordero de Dios. Seremos reflejo de la luz del paraíso donde ingresó el buen ladrón, fruto del perdón y consecuencia fel **TODO ESTÁ CUMPLIDO**. Desde las palabras pronunciadas por el Crucificado, abrámonos de manera permanente a la PALABRA encarnada y de salvación, para transformarnos y ayudar a otros a dejarse tocar por esa fuente de cambio: el Señor Jesús, en cuyo nombre actuamos. **AMÉN.**

SABADO SANTO
(Mt 28,1-10)

¡NO TEMAN, HA RESUCITADO!

En la noche santa de la Vigilia Pascual la Palabra de Dios con toda su riqueza viene a nuestro encuentro para narrarnos las intervenciones amorosas de Dios a lo largo de la historia de la salvación. El relato de la Resurrección, según san Mateo nos ofrece **la experiencia de la Resurrección vivida por las discípulas del Señor,** quienes presurosas al amanecer corren al sepulcro. Mateo tiene cuidado en establecer la **cronología de los acontecimientos.** La resurrección toma lugar, no el sábado, sino al día siguiente. Recordemos que los judíos cuentan los días a partir del momento en que se pone el sol. El sábado terminó al anochecer, pero las mujeres fueron a la tumba al amanecer.

María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, fueron testigos de la muerte en cruz de su maestro (Mt 27,56). María Magdalena y "la otra María" (probablemente la madre de Santiago y José) estuvieron presentes en el entierro (Mt 27,61), y al encontrar la tumba vacía y el mensaje del ángel se convirtieron en testigos de la Resurrección. Que justo dos mujeres sean las primeras testigos del acontecimiento contraviene lo estipulado en la ley (Dt 19,15), la cual señalaba solo a los varones como

testigos creíbles. Es el mismo Jesús Resucitado el que en su vida mortal se opuso a las tradiciones que dividían y segregaban a las personas. **Los Once, todos varones, están ausentes en un primer momento, mientras que dos mujeres sirven de testigos de la resurrección.**

Hay una escalada de acontecimientos, signos y sentimientos en este relato. El terremoto, el ángel con su ropa deslumbrante, y el empujar de la roca son símbolos que anuncian **un gran acontecimiento que tiene carácter definitivo,** con la Resurrección de Jesús está comenzando una nueva era. Un terremoto también anunció la muerte de Jesús (Mt 27,51). **El miedo lo invade todo,** los soldados se muestran aterrados y como la tierra, también ellos tiemblan, pero de temor. El ángel conforta a las mujeres, invitándolas a no tener miedo, les dicen: **"No teman"** (v.5). Son las mismas palabras que tantas veces Jesús dirigió a sus discípulos. (Cf. Mt 10,31;14,21;17,7).

Las mujeres escuchan de la voz del ángel la proclamación gozosa: **¡Ha Resucitado! El poder de la muerte ha sido vencido y el Hijo de Dios se presenta victorioso.** El ángel las exhorta a compartir la experiencia vivida con los discípulos e ir al encuentro del Señor Resucitado que los espera en Galilea (v.7), como ya Jesús se los había anunciado con anterioridad (Mt 26,32). La galilea de los gentiles donde todo había comenzado.

Las mujeres salen del sepulcro para ir al encuentro de los discípulos. **Temor y alegría se conjugan en sus almas.** Están ante un acontecimiento grandioso que escapa a sus razonamientos y expectativas. Aquél a quien amaban y vieron morir ahora está vivo. Es Jesús quien se les aparece en el camino y ellas se acercaron, le abrazaron los pies y lo adoraron (v.9). **Jesús repite las palabras del ángel: "No teman"** y seguramente al escucharlas de sus labios, como otras tantas veces, las mujeres se llenan de calma y confianza. Las invita también Jesús a comunicar lo sucedido, confirmando así la misión que les había dado el ángel: "Vayan a decir a mis hermanos que se dirijan a Galilea. Allá me verán" (v.10). **La supremacía del amor es nuevamente manifestada por Jesús,** llama hermanos a

sus discípulos, los mismos que lo habían abandonado, negado y traicionado en la hora más dura de su vida. Jesús quiere fortalecer su fe al encontrarlos de nuevo para concederles la misión de hacer discípulos en todas las naciones (Mt, 28,16-20).

Los evangelistas nos presentan diversos relatos de la Resurrección. Todos ellos trasmiten la experiencia del encuentro con el Resucitado y no una explicación pormenorizada de como sucedió la Resurrección. Lo que importa a los evangelistas es comunicar la vivencia de aquellos que vieron al Resucitado, estuvieron con Él y como esa experiencia abrió los horizontes de su comprensión acerca de Jesús.

Para nosotros también cada celebración de la Pascua se constituye en una oportunidad para renovar nuestro encuentro con el Resucitado. Como las mujeres que fueron al sepulcro también nosotros somos invitados a no tener miedo. Si tantas veces Jesús aseguro la pobre fe de sus discípulos y los exhortó a vencer el miedo, es porque sabe que el miedo es una emoción humana que vive en nosotros. Hacer la experiencia de permanecer junto al Resucitado exige de nosotros un discernimiento sereno de cuales son nuestros miedos, verlos de frente, darles nombre y enfrentarlos sin permitir que nos dominen o paralicen.

La actual pandemia mundial, que continúa extendiéndose dentro de las naciones afectadas e infectando a personas en nuevos estados despierta naturalmente nuestros miedos. Y uno de estos miedos es **el miedo a perder la fe en Dios,** por que tal vez tengamos una imagen del Dios Padre de Jesús distorsionada o a nuestra medida. La pregunta que nos hacemos, es si Dios es Padre Bueno porque sucede todo esto. *“El COVID 19 existe porque también los virus forman parte de un mundo finito y en evolución: de la única manera que podría haberlo hecho un Creador. El freno a este flagelo depende del descubrimiento de la vacuna necesaria, y*

*esto es obra y responsabilidad del hombre, no de Dios. Porque la historia está en nuestras manos… y nuestras manos, sostenidas por las de Dios (si se me permite tan antropomórfica metáfora). Dios-hace haciendo-que los hombres hagamos. (*Michael P. Moore (2020). ¿Un Dios 'anti-pandemia', un Dios 'postpandemia' o un Dios 'en-pandemia'? ***Covid-19*** (28-37), MA-Editore.)

Después del acontecimiento de la Cruz, el Dios Padre de Jesús, nos ha mostrado que sufre nuestros límites y las situaciones que el egoísmo humano crea y padece. En esta hora oscura de la humanidad **Dios no está ausente,** la vive junto a nosotros y nos comunica la fortaleza que le dio a Jesús para vivir su propia hora. Ninguna realidad de muerte terminará prevaleciendo en la historia creada por el Dios de la vida, aunque aparentemente gane terreno y tenga fuerza.

Como las mujeres del sepulcro salgamos al encuentro de los hermanos que necesitan escuchar que Dios sigue a nuestro lado, acompañándonos en nuestras luchas y haciendo realidad con nosotros el anhelo más grande de su corazón de Padre: **que podamos vivir como hermanos en igualdad de oportunidades y acompañando y ayudando a levantarse a los que caen en el camino.**

DOMINGO DE RESURRECCIÓN
(Lc 24, 13-35)

CAMINO DE EMAÚS

Este texto constituye uno de los testimonios más hermosos de la Pascua de Jesús e instituye un verdadero camino catequético para la pastoral familiar porque nos va llevando de la mano como niños pequeños y nos va abriendo los ojos en la medida que vamos comprendiendo la función de la Palabra de Dios en la vida y misión de la iglesia doméstica en nuestra Venezuela, plagada de tantos problemas, a los que se suma esta Pandemia que como una pesadilla nos ha despertado a una realidad que se presenta cada vez más desafiante.

El propio Jesús nos ofrece con el texto de los discípulos de Emaús una serie de elementos a considerar en familia:

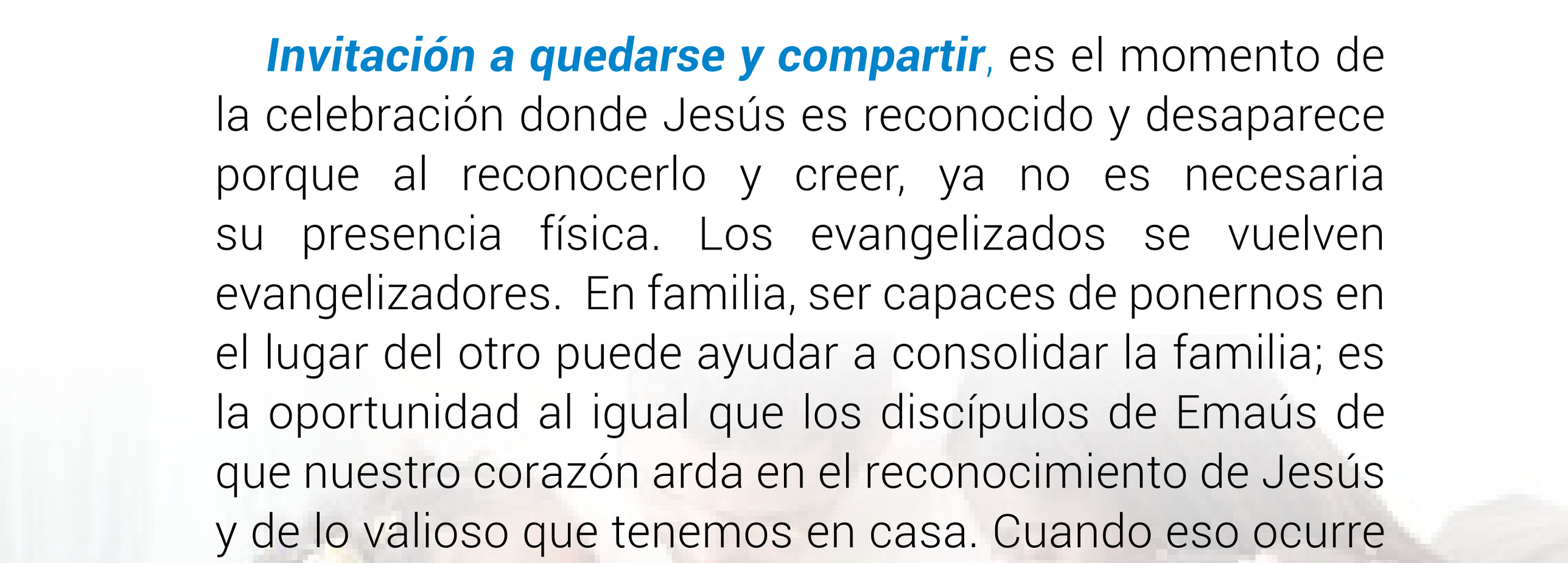
Acompañar: se parte de la realidad, en el camino desde Jerusalén sus discípulos van desanimados y tristes. Siguieron a Jesús como profeta, pero murió y se van a Emaús a comunicar la noticia. Jesús se encuentra con ellos y los acompaña. Acaso nuestros hijos no se encuentran

en casa fastidiados por no poder salir a jugar, a la escuela, a compartir con sus amigos, un poco sin comprender completamente el alcance de los acontecimientos que nos agobian.

Caminar con ellos y escuchar, sobre todo preguntar e interesarse de tal modo que surja el diálogo, creando las condiciones para que el proceso de fe se logre. Jesús permite su desahogo y busca saber el motivo que les aflige: creen saber todo sobre Jesús, más no basta conocer, hay que interpretar la realidad. Debemos también escuchar a nuestros hijos, a nuestro esposo/a, a los abuelos, la vida apresurada, el trabajar muchas horas al día ha hecho que se pierda la comunicación en la familia. Esta cuarentena es una maravillosa oportunidad para escuchar. Se hace camino al andar.

Intervención de Jesús e interpelación. Es el momento de iluminar la realidad haciendo un recorrido histórico de la salvación y el papel de Jesús como Mesías para reconocer que hasta su muerte formaba parte del plan de Dios. También será el momento en que nos escuchemos unos a otros, que comamos juntos y no frente a un televisor o con un celular en mano, el momento de mirarnos a los ojos y abrazarnos.

Invitación a quedarse y compartir, es el momento de la celebración donde Jesús es reconocido y desaparece porque al reconocerlo y creer, ya no es necesaria su presencia física. Los evangelizados se vuelven evangelizadores. En familia, ser capaces de ponernos en el lugar del otro puede ayudar a consolidar la familia; es la oportunidad al igual que los discípulos de Emaús de que nuestro corazón arda en el reconocimiento de Jesús y de lo valioso que tenemos en casa. Cuando eso ocurre ya no hace falta la cuarentena, ya estamos en capacidad de salir a gritar que celebramos la vida en abundancia que Jesús nos proporciona.



No dejemos sin embargo de celebrar esta semana Santa que nos conduce a la Pascua, con la alegría de haber profundizado nuestra fe en el entorno familiar. Con seguridad habremos crecido en conversión y en el seguimiento de Jesús. Podemos hasta asegurar que en Venezuela en medio de esta cuaresma atípica nunca la habíamos vivido con tanta devoción y entrega. Lo más hermoso de esta crisis está en el reconocimiento en que no seremos los mismos cristianos antes y después de la pandemia.

¡Feliz Pascua

de Resurrección!